

El barroco y sus máscaras: *Vida y sucesos de la Monja Alférez*

Gema Areta Marigó

Universidad de Sevilla

También existieron en el mundo fronterizo de las Indias mujeres rebeldes que lucharon por la integridad de una parte de su ser. La Vida y sucesos de la Monja Alférez es sin lugar a dudas uno de los casos más interesantes de simulación barroca, porque con el disfraz llegó el escándalo y una teatralidad imposible de soportar. La confesión de Catalina de Erauso ejecuta ese doble movimiento propio de una vida en confusión y dispersión: el de huida de sí, y el de buscar algo que le sostenga y aclare. (Así lo enseña al menos María Zambrano). Como alegoría fundamental, la imposibilidad de guardar el secreto y los efectos de una comunicación controlada por la jerarquía.

“El travesti no copia: simula, pues no hay norma que invite y magnetice la transformación, que decida la metáfora: es más bien la inexistencia del ser mimado lo que constituye el espacio, la región o el soporte de esa simulación, de esa impostura concertada: aparecer que regula una pulsión goyesca entre la risa y la muerte.”¹ La autobiografía de Catalina de Erauso gira alrededor de ese sorprendente caso de simulación que fue su propia vida, conversión cosmética de mujer en hombre, fascinación por la máscara, el camuflaje, por desaparecer de un mundo para aparecer en otro, simulacro de una forma y un modelo que oculta al verdadero sujeto, también de un texto cuyas formas están contenidas en otras formas, poética de la obscuridad y del desciframiento constante, de olvidos, silencios y repeticiones, decoración teatral de un mundo que como el barroco está determinado por las leyes de la metamorfosis.

La *Historia de la Monja Alférez, Doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma* fue publicada por primera vez en París en 1829 por Joaquín María Ferrer, una segunda edición vería la luz en Barcelona en 1838. En el “Prólogo” comenta haberse servido para su edición del texto de un manuscrito que había pertenecido a su amigo don Felipe Bouza, director del Depósito Hidrográfico de la Marina de Madrid. El manuscrito con el título *Vida y sucesos de la Monja Alférez, Doña Catalina de Erauso, doncella natural de San Sebastián, en Guipúzcoa, escrito por ella misma* había sido copiado a su vez de otro existente en la Real Academia de la Historia, en la

1 Sarduy, Severo: *Ensayos generales sobre el Barroco*, México, 1987, pág. 55.

colección de Manuscritos de Indias del sabio autor de la *Historia del Nuevo Mundo*, don Juan Bautista Muñoz, quien al final de su cuaderno declara haberlo copiado en Sevilla, 24 de mayo de 1784, de un tomo perteneciente al poeta y dramaturgo del siglo XVIII Cándido María Trigueros (1737-1801). El conjunto de copistas Ferrer-Bouza-Muñoz y Trigueros provocó una acalorada discusión sobre la paternidad literaria del texto; el comentario sobre la falsificación, defendido por Menéndez Pelayo,² no alcanzó sin embargo la discusión histórica sobre la figura de Catalina de Erauso: la edición de Ferrer incluía en un apéndice pruebas documentales irrefutables como la partida de bautismo y numerosos certificados, memoriales, *pedimentos*, testamentos, cartas o decretos reales que dan fe de la existencia real de nuestro personaje.

A la edición de Ferrer se suman los dos manuscritos encontrados por Pedro Rubio Merino³ en el Archivo Capitular de Sevilla, copiados seguramente por el mismo amanuense pero con diferencias notables con el texto de Ferrer y que presuponen la existencia de una posible fuente común de ambos. El primer manuscrito nos ofrece la primera parte de la autobiografía (la segunda parte menos conocida discurre en Nueva España⁴) incluidos el regreso a España y el posterior viaje a Roma; el segundo cierra su relato en el capítulo 11, del que sólo se pone el título y el sumario.

Como en el diario del primer viaje de Cristóbal Colón, en el texto de *Vida y sucesos* subyace el original autógrafa de Catalina de Erauso, escritura oscilante que presupone la existencia de una primera persona⁵ dialogando

2 En su opinión el texto fue forjado por Cándido María Trigueros “conocido por otras falsificaciones literarias y que tenía cierto talento para ellas. El manuscrito que copió Muñoz en Sevilla y que imprimió Ferrer era suyo y nadie ha vuelto a verle ni se conoce ningún otro. Los anacronismos y errores geográficos de la relación son palpables y todo induce a creer que Trigueros compuso la novela valiéndose de las relaciones impresas en el siglo XVII (dos diversas en la Biblioteca Nacional) y de otros documentos relativos al Perú.” “Carta del 16 de enero de 1904, a don Carmelo Echegaray”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 1925, pág. 369.

3 Rubio Merino, Pedro: *La Monja Alférez Doña Catalina de Erauso. Dos manuscritos inéditos*, Sevilla, 1995.

4 Un manuscrito nos informa que en 1630 el general Miguel de Chazarreta la llevó como alférez a la provincia de Nueva España (el despacho tuvo lugar el 21 de julio); Fray Diego de Sevilla en carta a Don Ignacio de Góngora escribe que en 1645 Catalina de Araujo (entonces Antonio de Araujo) “tenía una requa de mulas en que conducía con unos Negros ropa a diferentes partes”; una relación mexicana informa que ejerciendo el oficio de arriero yendo para Vera Cruz muere en 1650 en Quitlaxtla.

5 El narrador utiliza habitualmente el “pasa” o “parte” de un sitio a otro en los epígrafes de los capítulos, frente a una única sección del capítulo XX en el que aparece “Embarqué i pasé a Cartagena”, *Vida y sucesos de la Monja Alférez*, Edición de Rima de Vallbona, Arizona State University, Tempe, 1992, pág. 115. Utilizaremos ésta edición, la más completa que se conoce hasta el momento, como base de nuestra lectura. Junto al texto aparecen publicados los siguientes apéndices: (1) “Notas finales del manuscrito de Cándido María Trigueros”, “Copia de Juan Bautista Muñoz cotejada el 24 de

con esa otra distante y tercera que ficcionaliza un discurso, lo reinventa y lo deja completamente abierto. De la interrelación entre verdad y ficción (entre el masculino y el femenino) nacen profundos anacronismos y errores históricos: como la fecha de su nacimiento en 1585 (la partida bautismal indica 1592),⁶ la fecha consignada en el título del manuscrito de la Real Academia de la Historia donde se lee *Vida i sucesos de la Monja Alférez, o Alférez Catarina, D.^a Catarina de Araujo doncella, natural de San Sebastián, provincia de Guipúzcoa. Escrita por ella misma en 18 de Septiembre de 1646 volviendo de las Indias a España en el galeón San Josef, Capitán Andrés Otón, en la flota de Nueva España, General D. Juan de Benavides, General de la Armada Tomás de la Raspuru, que llegó a Cádiz en 18 de noviembre de 1646*, cuando en el interior y en el capítulo correspondiente se señala la partida para España en el año de 1624. Y por último que el discurso narrativo se extienda dos años más, hasta 1626 en Nápoles.

Fue precisamente en 1626 cuando Catalina de Erauso presenta su *Pedimento* al rey Felipe IV y un memorial ante el Consejo de Indias. En el origen de la escritura del texto, o su relato a terceros, pudiera estar el impulso básico de la gloria y la consiguiente defensa de la fama, propias —como ha señalado Mario Hernández Sánchez-Barba— de la actitud existencial de los cronistas de Indias y de la aparición de “una constante raigal, profunda, y permanente: la polémica, la discusión, el ataque, la corrección de los datos, la crítica de planteamiento, de desarrollo, de protagonismo.”⁷ Sin embargo, la vida de Catalina de Erauso (y el efecto que ésta tiene sobre los signos) está condicionada fundamentalmente por el hábito de varón con el que además desarrolló su particular inclinación a las armas, motivo por el

mayo de 1784”; (2) “Documentos manuscritos de la Real Academia de la Historia de Madrid cotejados con los del Archivo General de Indias”; (3) “Partida bautismal de Doña Catalina de Erauso y otros documentos relativos a la Monja Alférez”; (4) “Testimonio de Gil González Dávila”; (5) “Relaciones: las dos de España de 1625 y la de México de 1653”; (6) *Historia General del Reino de Chile*, Capítulo XXXVII; (7) “Poesía y Teatro inspirados en algunos momentos de la vida de Catalina de Erauso”; (8) *The nun ensign* by James Fitzmaurice-Kelly.

6 Rima de Vallbona anota en una lista todos los errores cronológicos que aparecen en el manuscrito con sus respectivas correcciones de acuerdo con diferentes documentos históricos, “Introducción”, *Vida y sucesos...*, pág. 14.

7 Hernández Sánchez-Barba, Mario: *Historia y Literatura en Hispanoamérica*, Valencia, 1978, pág. 32. Catalina de Erauso, Sor Juana Inés de la Cruz y Sor Josefa Francisca del Castillo fueron las tres grandes escritoras autobiográficas del Barroco de Indias, su condición religiosa parece mediatizar la realización de un saber auto-reflexivo, ordenado, disciplinado y jerárquico, que formaba parte de los ejercicios recomendados habitualmente por el confesor. La subversión de este discurso dirigido posee en nuestras escritoras distintas argumentaciones. Teniendo como modelo emblemático la hagiografía cada una de ellas violenta de forma sui generis el diseño de este importante modelo cultural. Violencia, violación.

cual fue a Roma a suplicar a su Santidad el Papa Urbano VIII licencia para que “pudiese andar en traxe de hombre”, licencia que también trasladaría al Rey y al Consejo de Indias, junto a “los quinientos pesos de a ocho reales de renta por su vida en las provincias del Perú, en pensión sobre encomienda de Yndios”.

Su testimonio aparece por lo tanto complicado con un problema de género y las consecuencias que éste provocó no en ella sino en los otros, esa “rara limpieça con que ha vivido y bibe”, preocupación que se recoge en una de las tres relaciones sobre la Monja Alférez que añade Rima de Vallbona a su edición, dos españolas de 1625 y una mexicana de 1653. En la primera de ellas, llamada *Relación prodigiosa de las grandes hazañas, y valerosos hechos que vna muger hizo en quarenta años que sirvió a Su Majestad en el Reyno de Chile y otros del Perú, y Nueva España, en ávito de Soldado, y los honrosos oficios militares que tubo armas, sin que fuesse conocida por tal muger, hasta que le fue fuerza descubrirse*, leemos lo siguiente:

“Y assí en este corto papel apuntaré lo que en el discurso del tiempo que sirvió al rey, Nuestro señor, le sucedió, no pretendiendo en esto minorar su honra (pues es digna de alabança) antes se tajan los discursos que de ella se hizieron a los principios de su ausencia, con que quedan satisfechos sus padres, y manifiesta su honra, pues lo está tan entera como se puede entender de semejante muger, que aviendo sido tan varonil, no avía de torcer por camino frágil con femíneas obras.”⁸

Como recuerda Catalina de Erauso:

“Partí de Génova a Roma. Besé el pie a la Sanctidad de Urbano, referíle en breve, i lo mejor que supe, mi vida y corridas, mi sexo, i virginidad: i mostró Su Santidad extrañar tal caso i con afabilidad me concedió licencia para proseguir mi vida en hábito de hombre, encargándome la prosecución honesta en adelante, i la abstinencia en ofender al próximo, temiendo la ulción de Dios sobre su mandamiento, Non occides, i bolvíme.”⁹

Las aventuras de Catalina de Erauso, “vida y corridas” están enmarcadas por el disfraz de varón, hecho acaecido en el primer capítulo, y la obligación que tuvo de descubrirse como mujer ante el obispo de Guamanga fray Agustín de Carvajal, la revelación del secreto y la confesión del caso ocurridas en el capítulo XX, último en el manuscrito de la Real Academia de la Historia que en la edición de Ferrer fue dividido debido a su extensión en seis capítulos más. Creemos por lo tanto que el auténtico origen del relato de Catalina de Erauso reside en la exposición autobiográ-

8 *Vida y sucesos...*, págs. 160-161.

9 *Ibidem*, págs. 122-123.

fica de un proceso selectivo estrictamente determinado por el caso: verdadero origen novelesco de una escritura que intenta esclarecer y determinar su propia leyenda.¹⁰

Además de los dos retratos pictóricos que se conservan de Catalina de Erauso, el realizado por Francisco Crescencio en Italia en 1626 y el pintado por Francisco Pacheco en 1630 en Sevilla, contamos con numerosas descripciones literarias de su figura. En una carta que Pedro del Valle le envía a su amigo Mario Schipano encontramos la siguiente descripción:

“Ella es de estatura grande i abultada para muger, bien que por ella no parezca no ser hombre. No tiene pechos: que desde mui muchacha me dixo haver hecho no sé qué remedio para secarlos i quedar llanos, como le quedaron: el qual fue un emplasto que le dio un Ytaliano, que cuando se lo puso le causó gran dolor, pero después, sin hacerle otro mal, ni mal tratamiento, surtió el efecto. (...) En efecto, parece más capón que mujer.”¹¹

En el primer capítulo Catalina nos cuenta que nació en San Sebastián, hija del Capitán Miguel de Araujo y de María Pérez de Galarraga y Arce. Pertenece a una familia acomodada y numerosa:¹²

“Criáronme mis Padres en su casa con otros mis hermanos hasta tener cuatro años. En el de 1589 me entraron en el Convento de San Sebastián el Antiguo de dicha villa, que es de Monjas dominicas, con mi tía D.^a Ursola de Sarauste, hermana de mi madre, Priora de aquel Convento, donde me crié hasta tener quince años, i entonces se trató de profesión.”¹³

10 Los paralelismos estructurales con *El Lazarillo de Tormes* son obvios. Junto a la influencia picaresca habría que anotar también la fuerte presencia dramática del texto; recordemos que en la comedia de Lope de Vega no es extraño encontrar mujeres disfrazadas de varón. Apuntar también que en el capítulo III Catalina de Erauso asiste un día de fiesta a ver una comedia, enfrentándose con un tal Reyes que le impedía ver correctamente.

11 *Vida y sucesos...*, pág. 128.

12 En diferentes textos aparecen los siguientes nombres: *Juan e Isabel* que fueron bautizados en la misma parroquia de San Vicente Mártir de San Sebastián, en 1590 y 1591 respectivamente. *María Juana* y *Jacinta* que, junto con Isabel, profesaron y murieron en el convento de las dominicas de San Sebastián. Fray Diego Rosales en su *Historia General del Reyno de Chile*, capítulo XVIII, comenta que Catalina se crió en el convento con dos hermanas suyas “llamadas la una Isabel de Erauso y la otra *María* de Erauso” (*Vida y sucesos...*, pág. 179.) En el puerto de la Concepción Catalina se encuentra con su hermano el Capitán *Miguel* de Araujo “aunque no le conocía, ni había visto, porque partió de San Sebastián para estas partes siendo yo de dos años, tenía noticia dél, sino de su residencia.” (Ibídem, págs. 55-56). En su *Pedimento* al Consejo de Indias informa de la existencia de tres hermanos: Miguel, Francisco y Domingo (Ibídem, pág. 133). Regresando de las Indias a Cádiz, Catalina informa que el General de la armada D. Fadrique de Toledo tenía en su servicio a “dos hermanos míos, que allí conocí” (Ibídem, pág. 117). En 1629 su hermana *Mariana* le compra a Catalina las legítimas materna y paterna (Ibídem, pág. 155). En un Pedimento de 1640 ante el Tribunal de Corregimiento de Guipúzcoa se informa de la muerte de Miguel, Francisco, *Martín* y Domingo (Ibídem, pág. 155).

13 *Vida y sucesos...*, págs. 33-34.

Aunque ni la fecha, el nombre de su tía, ni el cargo son correctos, podemos asegurar que este hecho marcaría su vida para siempre. Del tormento que para ella supuso este encierro nace su otro yo, también el deseo irrefrenable de “andar i ver mundo”, de tomar distancia donde negar un origen y convertir el disfraz en auténtica identidad.

La maravilla de las Indias fue edificada sobre una inmensa estrategia seductora, el deseo sería infinitamente más importante que la propia realidad, la ambigüedad de las formas (su amaneramiento, mestizaje, mezcla o heterogeneidad) muestra una escritura cuya exterioridad supone, como ha señalado Eduardo Subirats, el secuestro de la palabra propia, el *silencio fundacional* “contraparte del nombre instaurado: es la erradicación brutal del referente, del otro, de su nombre y de su realidad comunitaria, espiritual e histórica. Es el silencio que erige el Nuevo Mundo, las Indias Occidentales o América como el continente vacío.”¹⁴

El conflicto de la identidad excluyente y represiva bajo la imposición de nombre provoca, hasta su llegada, todo un arte de la descripción durante el siglo XVI; el XVII se abre con la gran utopía hermenéutica del Inca Garcilaso de la Vega, el esclarecimiento filológico como base de la restauración simbólica y social. Del nombre impuesto (y el no-reconocimiento de lo existente) se pasó a la fijación de la memoria histórica oral y restauración de su pasado.

Metafóricamente el proyecto literario de Catalina de Erauso parece seguir este mismo proceso, al hábito de monja le sucede el disfraz de varón, el primer oficio de paje y un nuevo nombre en España, Francisco de Loyola. Al hacerse soldado y enrolarse en el ejército de Chile se convierte en el Alférez Alonso Díaz Ramírez de Guzmán, según consta en el *Pedimento* al Consejo de Indias, Alférez Díaz le llama su hermano Miguel poco antes de morir. En la última parte de su vida pasa a llamarse Antonio de Erauso, con tal nombre termina sus días en la Nueva España.¹⁵ Todos estos nombres, inventados y deseados por ella, se oponen al alias con el que será reconocida a partir de la revelación de su condición de mujer.

14 Subirats, Eduardo: *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Madrid, 1994, pág. 332.

15 Fray Diego Rosales dice que mientras anduvo en España se llamó Juan de Arriola y Erauso (*Vida y sucesos...*, pág. 180); Gil González Dávila dice que en la guerra se llamó Pedro de Oribe (*Ibíd.*, pág. 157). En el testamento de 1611 su padre incluye a Catalina entre sus hijas beneficiadas, en cambio su madre en 1622 la incluye entre sus hijos varones favorecidos (“Prólogo” de José Berrueto a su edición de 1959, Pamplona, Editorial Gómez, pág. 21.)

“Parece que el caso se divulgó i era inmenso el concurso que allí acudió sin poderse excusar la entrada a personajes, por más que yo lo sentía i Su Ilustrísima también. (...) Corrió la noticia de este suceso por todas las Yndias, i los que antes me vieron i después supieron mis cosas, se maravillaron en todas las Yndias. (...) Entramos en Lima ya de noche, i sin embargo no podíamos valernos de tanta gente curiosa que venía a ver a la Monja Alférez.”¹⁶

La imposición de este nombre, curioso híbrido donde se mantiene la raíz religiosa de su transformismo y el único y al parecer excluyente motivo militar de su condición varonil, provoca la memoria de su vida y la consiguiente restitución de su pasado como mujer-hombre.

Con quince años, estando en el año del noviciado (en su manuscrito ella niega ser Monja profesa¹⁷) tuvo una reyerta “con una Monja profesa llamada D.^a Catarina Alizi, que viuda entró i profesó, la qual, que era robusta, i yo muchacha, me maltrató de manos, i yo lo sentí.”¹⁸ Como consecuencia de este suceso, que según comenta Fray Diego Rosales en su *Historia General del Reino de Chile* “vino a cargar una pesadumbre y sentimiento tal, que dexándose llebar de una vehemente tristeza y tentación se salió del Monasterio”¹⁹ buscando refugio en un bosque cercano.

“Tiré no sé por dónde, i fui a dar a un castañar que está fuera i cerca, a las espaldas del Convento, i acogíme allí; estuve tres días, trazando i acomodándome i cortando de vestir: corté i híceme de una basquilla de paño azul conque me hallaba, unos calzones de un faldellín verde de perpetuan, que traía debaxo, una ropilla i polainas: el hábito me lo dexé por allí por no ver qué hacer de él. Cortéme el cabello i échelo por allí, i partí la tercera noche, i eché no sé por dónde, i fui colando caminos i pasando lugares por me

16 *Vida y sucesos...*, págs. 112-113.

17 En las dos relaciones españolas de 1625 y en la mexicana de 1653 se afirma que Catalina de Erauso profesó. Sin embargo ella comenta haber esperado dos años y cinco meses que de España llegara “razón bastante de cómo no era yo, ni había sido Monja profesa”, manifiesta una negativa explícita a ser encerrada en un convento porque “no tenía yo orden ni religión, i que trataba de volverme a mi patria, donde haría lo que pareciese más convenirme para mi salvación.” (Ibídem, págs. 114 y 115). Fuera o no monja lo cierto fue que supo utilizar hábilmente su pasado eclesiástico para evitar una muerte segura. Catalina de Erauso, perfecta conocedora de la institución eclesiástica, solicita a menudo su amparo y protección. En segundo lugar habría que destacar la ayuda que recibe en varios enfrentamientos de compatriotas vascos.

18 Ibídem, pág. 34.

19 Ibídem, pág. 180. En su versión Catalina al traerle a su tía un breviario de su celda ve en un clavo colgadas las llaves del convento, finge una pequeña indisposición, se retira y regresa a la celda de su tía “tomé allí una tijeras i hilo, i una aguja; tomé unos reales de a ocho que allí estaban, tomé las llaves del convento y salí, i fui abriendo puertas y emparexándolas, i en la última que fue de la calle, dexé mi escapulario, i salí a la calle, sin haverla visto, ni saber por dónde echar, ni adónde ir.” (Ibídem, pág. 35). Fray Diego Rosales da una versión un tanto distinta, Catalina espera una noche a que su hermana María estuviera en la portería para pedirle las llaves y llevárselas a la priora, huyendo entonces (Ibídem, pág. 180).

alexar, i vine a dar a Vitoria que dista de San Sebastián cerca de 20 leguas, a pie i cansada, i sin haver comido más que yerbas que topava por el camino.”²⁰

El primer recorrido la lleva por tierras de Vitoria, Valladolid, Bilbao, San Sebastián, Sevilla y Sanlúcar de Barrameda, lugar donde se embarca para Indias como grumete en el galeón que dirigía un tío suyo. Hasta entonces ha desempeñado el oficio de paje, ha sido “bien tratada y vestida”, sigue robando pequeñas cantidades y ha estado en la cárcel un largo mes. La representación de su modelo masculino ha contado además con dos espectadores de excepción: ni su padre ni su madre han podido reconocerla.

De Cartagena de Indias pasa a Panamá (capítulo II) donde abandonando su incipiente carrera militar por la vida civil se convertirá en criado, mayordomo y gestor de la hacienda de Juan de Urquiza, mercader de Trujillo. En el capítulo III (Puerto de Paita, villa de Saña) se inicia la secuencia estructural cuya repetición en círculos concéntricos cada vez más amplios dará lugar al último caso. Como si se tratase de una maqueta narrativa Catalina de Erauso lucha y hiere o mata al oponente, se refugia en la Iglesia, es condenada, el señor Obispo intercede por ella (tras la ayuda decisiva de su amo), para mostrar finalmente sus encantos varoniles en los preámbulos y caricias del juego amoroso. En este capítulo su amo decide casarla con su dama, D.^a Beatriz de Cárdenas,

“él mirava a tenernos seguros, a mí, para servicio, i a ella, para gusto, i parece que eso tratado entre los dos acordaron, porque después que fui a la Yglesia restituído, salía de noche e iva a casa de aquella señora, i ella me acariciava mucho, i con son de temor de la Justicia me pedía que no bolviese a la Yglesia de noche, i me quedase allá, i una noche me encerró i se declaró en que a pesar del diacho había de dormir con ella, i me apretó en esto tanto, que huve de alargar la mano i salirme: i dixé luego a mi amo que de tal casamiento no había que tratar, porque por todo el mundo yo no lo haría.”²¹

La misma estructura se repite en los capítulos IV y V de Trujillo a Lima (violencia-refugio-juego de cuerpos), esta vez se enreda con las cuñadas de su nuevo amo “i más con una, que más se me inclinó, solía yo más jugar i triscar: i un día, estando en el estrado peinándome acostado en sus faldas i andándole en las piernas, llegó acaso a una rexa por donde nos vido, i oyó a ella que me decía que fuese al Potosí i buscase dineros, i nos casaríamos. Retiróse, i de allí a un poco me llamó, i me pidió i tomó cuentas, i despidióme, i fuime.”²² Esta segunda renuncia a un compromiso amo-

20 *Vida y sucesos...*, págs. 35-36.

21 *Ibidem*, pág. 47.

22 *Ibidem*, pág. 51.

roso determina su carrera militar en Chile, encontrándose “desacomodada i muy remota de favor”, y aunque su amo Diego de Solarte intente persuadirla ella mantiene su “inclinación de andar i ver mundo”.

En el capítulo VI comienzan los episodios de conquista y colonización de las Indias; Catalina participa en las campañas de Chile y obtiene, al recuperar valerosamente la bandera de su compañía, el título de alférez. Su vida de armas se extiende hasta el capítulo X, aquí se cierra ese gran círculo vital que provocó la imposición de un nombre compuesto, la conjunción de dos formas de vida cuyo deseo armónico se encuentra en la base comunicativa de su acción literaria.

Es entonces cuando se refugia en casa de la señora viuda D.^a Catarina de Chaves “la más principal i cualificada, según decían, que había por allí”, encubriéndola y negando “totalmente saber del caso” ante el Alcalde que solicita su confesión.²³ Esta segunda ama, por su nombre y su natural pendenciero es una potente imagen especular. Hasta ahora Catalina ha seducido o se ha dejado seducir, para abandonar a su dama cuando llega el momento del compromiso. Es la primera vez que “firme como un roble” se mantiene a su lado, incluso sufrirá tortura en el potro. La afrenta y posterior venganza de D.^a Catarina de Chaves contra alguien superior (ser golpeada con un chapín por D.^a Francisca de Marmolejo, mujer de D. Pedro de Andrade, sobrino del Conde de Lemos / haberle cortado, o mandado cortar el rostro con una navaja) supone un acto restitutorio de aquella primera reyerta en la que Catalina “fue maltratada de mano, y yo lo sentí” por una monja profesa (y viuda) llamada D.^a Catarina Alizi. Frente a su propia huida se encuentra la imagen de D.^a Catarina de Chaves en su casa, sentada en el estrado esperando, y su valiente confesión, “Una navaja, i esta mano”.

Después de matar de una estocada a un mercader de Sevilla en Charcas (capítulo XI) y a un portugués en Piscobamba, ser sentenciada a muerte y salir absuelta de la horca milagrosamente (capítulo XII), Catalina de Erauso volverá a proteger a una mujer en el siguiente capítulo cuando se ve

23 La transición para llegar a este capítulo X se realiza en el capítulo VII, después de matar a su hermano Miguel en el capítulo anterior Catalina huye por el desierto de Chile, cansada y descalza (“lloré y pienso que fue la primera vez”) recala en Tucumán donde es acogida por una viuda mestiza muy rica que se empeña en casarla con su única hija “una Negra fea como unos diablos, mui contraria a mi gusto que fue siempre de buenas caras.” (*Vida y sucesos...*, pág. 70) Mientras entretiene a su india se compromete también con la sobrina del Provisor del Obispo D. Antonio de Zerbantes. Al poco tiempo desaparece sin dejar rastro. La vorágine de nombres críticos no tiene ya ningún límite y se corresponde con el que para los demás servirá de soporte de una identidad absolutamente inventada por ellos. Quizás ese fue su gran camuflaje, un apodo que para ella no significaba más que un posible refugio, una muralla donde guarecerse.

implicada en la huida de D.^a María Dávalos, al ser ésta sorprendida por su marido con el sobrino del obispo. “La casualidad sana y sin malicia con que obré en el caso” lo diferencia absolutamente del anterior, de hecho “aquella mujer se me arrojó huyendo de la muerte, pasándola al Convento con su madre, como ella lo pidió.”²⁴

Este capítulo forma parte de un último bloque de secuencias de capa y espada que termina con la muerte de un hombre en el Cuzco llamado el nuevo Cid (capítulo XVIII) y de un negro y un alguacil en Huancavelica (capítulo XIX). En la reyerta en la que cae el Cid, Catalina es herida de muerte, motivo por el cual le confiesa al Padre Luis Ferrer la declaración de su estado. En el capítulo XX es apresada, no encontrando otro remedio para escapar de la muerte que entregarse al obispo de Guamanga, cuya palabra posee un efecto órfico en el ánimo de esta apasionante mujer:

“A la mañana, como a las diez, su Ilustrísima me hizo llevar a su presencia, i me preguntó quién era, i de dónde, hijo de quién y todo el curso de mi vida, i causas i caminos por dónde vine a parar allí, i fue en esto desmenuzando tanto, i mezclando buenos consejos, i los riesgos de la vida i espantos de la muerte i contingencias de ella, i el asombro de la otra, si no me coge bien: procurándome socegar i reducir a quietarme, i arrodillarme a Dios, que yo me puse tamañito, i descúbrome viéndolo tan santo varón y pareciendo estar yo en la presencia de Dios.”²⁵

En su respuesta Catalina de Erauso ofrece una síntesis perfecta del relato de su vida, excluyendo sin embargo el nacimiento del apodo:

“Y dígole: Señor, todo esto que he referido a Vuestra Señoría Ilustrísima no es así, la verdad es ésta: que soi muger; que nací en tal parte, hija de fulano i sutana; que me entraron de tal edad en tal Convento con fulana mi tía; que allí me crié; que tomé el hábito; que tuve noviciado; que estando para profesar, por tal ocasión me salí; que me fui a tal parte, me desnudé, me vestí, me corté el cabello; partí allí, i acullá, me embarqué, aporté, trahiné, maté, herí, maleé, correteé, hasta venir a parar en lo presente i a los pies de Su Señoría Ilustrísima.”²⁶

24 *Vida y sucesos...*, pág. 91. En la Segunda Relación de España de 1925 se mantiene la misma casualidad del encuentro, en vez de arrojarse por la ventana pidiendo auxilio y ser ayudada por Catalina, en esta ocasión se encuentran al cruzar el río de la Plata. En las dos versiones son perseguidas por el marido, Catalina lucha, ambos son heridos y D.^a María es entregada al convento donde se encuentra su madre. En el manuscrito de la Real Academia de la Historia de Madrid nos cuenta que visitó “muchas veces a mi Monja i a su madre, i a otras Señoras allí, las cuales, agradecidas, me regalaron mucho” (ibídem). En este capítulo XIII con su visita al convento de San Agustín, de la Ciudad de la Plata, regresa de nuevo a sus orígenes haciéndole esta vez la corte a una monja. En el capítulo siguiente sube de categoría, al conseguirle agradecida su nueva señora D.^a María de Ulloa del Presidente y Audiencia los cargos de escribano y alguacil.

25 Ibídem, pág. 110.

26 Ibídem.

Ante la rareza del caso (“el más notable en este género que había oído en su vida”) y la imposibilidad de creer una palabra de mujer con rostro de hombre, ella misma aconseja “salir de duda Vuestra Ilustrísima por experiencia de Matronas, yo llana estoi.” Después del reconocimiento la declaran “virgen intacta, como el día en que nací” y por todas las Indias se divulga el caso, “i era inmenso el concurso que allí acudió sin poderse escusar la entrada a personages, por más que yo lo sentía i su Ilustrísima también. (...) Corrió la noticia de este suceso por todas las Yndias, i los que antes me vieron, i los que antes i después supieron mis cosas, se maravillaron en todas las Yndias.”²⁷ Perdido su anonimato Catalina sufrirá el acoso de la “gente curiosa que venía a ver a la Monja Alférez”; quizá por esto decide regresar a España en 1624, donde sigue escondiéndose y huyendo “del concurso que acudía a verme vestida en hábito de hombre.”

Sin embargo, Catalina ha sido desde entonces constantemente agasajada por los poderosos, protegida por el Arzobispo de Lima²⁸ ha visitado y compartido mesa con el Virrey D. Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache. En España trata de ocultar su identidad, parte para Roma en 1625 vía Francia, donde tiene lugar ese último suceso que decide su descubrimiento oficial, la derrota de una identidad prodigiosa, querida y deseada que pasa a convertirse en mera ficción.

“Víneme a Madrid: presentéme ante su Magestad suplicándole me premiase mis servicios, que expresé en un memorial que puse en su mano. Remitióme su Magestad al Consejo de Yndias. Allí acudí i presenté los papeles que me habían quedado de la derrota.”²⁹

27 *Ibidem*, págs. 112-113.

28 Mientras viene de España el certificado de su actual condición religiosa (inexistente según ella misma declara) llegará incluso a poder elegir convento, se le concede licencia para verlos todos “estándome quatro o cinco días en cada uno. Finalmente vine a elegir el de la Santísima Trinidad, que es de Comendadoras de San Bernardo: gran Convento, que sustenta cien Religiosas de velo negro; cincuenta de velo blanco; diez novicias; diez donadas; i diez i seis criadas.” (*Vida y sucesos...*, pág. 114). Solamente en la *Historia General del Reino de Chile* de Fray Diego Rosales se insiste desde el principio hasta el fin en la autenticidad de la vocación religiosa de Catalina de Erauso.

29 Su viaje por España comienza en Cádiz, de aquí a Sevilla y a Madrid donde “estuve veinte días sin descubrirme. Allí me prendieron por mandado del Vicario, no sé por qué, i hízome luego soltar el conde de Olivares. Acomodéme allí con el Conde de Xavier que partía para Pamplona, i fui i le asistí cosa de dos meses.” (*Vida y sucesos...*, pág. 118) Desde Pamplona marcha para Roma en 1625 (para celebrar “el año Santo del grande Jubileo”) pero pasando el Piamonte y llegando a Turín es acusada de espionaje “me prendieron, quitándome el poco dinero i vestidos que llevaba, i me tuvieron en prisión cinquenta días, al cabo de los quales (...) me soltaron (...) mandándome bolver atrás, so pena de galeras, con que huve de bolverme con mucho trabajo, pobre, a pie, i mendigando.” (*Ibidem*, págs. 118-119)

En su *Pedimento* ante el Consejo de Indias Catalina vuelve a recordar como pasando por el Piamonte

“la prendieron, tiniéndola por espía, y la desbalijaron y quitaron ducientos doblones de oro que llebaba para sus gastos, y cargaron de prisiones, maltratándola también de palabra, y sin duda la mataran si entendieran que hera muger (...).”³⁰

La singularidad y el prodigio del discurso de su vida concluye ante el Papa Urbano VIII, su licencia para andar disfrazada de hombre y una Roma rendida a sus favores. Ya en Nápoles dos damiselas riéndose con dos mozos la miran y le preguntan: “—Señora Catalina, ¿dónde es el camino? Respondí: —Señora puta, a darles a vuestras Mercedes cien pescosadas i cien cuchilladas a quien lo quisiera defender. Callaron y fuéronse de allí.”

Yo no soy esa.

30 *Ibíd.*, pág. 131. Rima de Vallbona incluye el documento del Archivo General de Indias, en el manuscrito de la Real Academia de la Historia se informa además que Catalina llevaba el hábito de peregrino bajo el nombre de Alférez Antonio de Erauso, “y si acaso la huuieran conocido que hera muger confirmaran ser espía, con lo qual, sin duda, la quitaran la vida;” (*Ibíd.*, pág. 133).